

rior conferencia, aprovechó las buenas disposiciones del duque para suplicar á Urquiza tratase con él, y con tal encargo se presentó en Mondragon, siguieron los tratos, los jefes Zabala, Cengotita y Garibi firmaron un acta autorizando á la diputacion para convenir con Serrano; Valde-Espina, Iriarte y algun otro intentaron impedirlo prendiendo á la diputacion, pero solo arrestaron á Arguinzoniz, y no contaban tampoco con fuerzas suficientes por ir desapareciendo algunas, como la caballería de Noriega, que estaban mas inclinadas á la paz que á la guerra. Contaron á poco con el comandante general de Alava don Gerardo de Velasco, mas ya era tarde: habian avanzado mucho los tratos con Serrano, que impidió se hostilizará á los carlistas.

Un acontecimiento inesperado estuvo á punto de destruirlo todo. Cuando con mas impaciencia esperaba el duque el feliz resultado de sus gestiones, recibió la noticia de la dimision del ministerio Sagasta y la peticion de que se pusiera al habla con el rey. Dióle don Amadeo plenos poderes para la formacion de un nuevo gabinete, y designó para que lo hicieran á los señores Topete, Rios Rosas ó Cánovas del Castillo, haciendo caso omiso del general Zavala, que estaba al lado de S. M. y se habia esmerado en facilitarle los elementos que le pusieron en disposicion de vencer á los carlistas. Terminado este asunto, continuó el duque sus gestiones pacíficas, quedando aceptado mutuamente un convenio en el que, de conformidad con lo pactado con los señores Urquiza y Urúe, por sí y en representacion del señor Arguinzoniz, se concedia indulto general á todos los insurrectos carlistas que se hubiesen presentado, ó en adelante se presentasen, con armas ó sin ellas, dándoles todo género de garantías para su seguridad; que los que hubieran venido de Francia, podian volver á quedarse en España, sin ser molestados; que los generales, jefes, oficiales y demás individuos de tropa que procedentes del ejército se hubieran alzado en armas en favor de la causa carlista, podrian ingresar de nuevo en el ejército con los mismos empleos que tenian al desertar; y que la diputacion de Vizcaya se reuniría con arreglo á fuero, so el árbol de Guernica, para determinar el modo y manera de pagar los gastos de la guerra. La cuestion foral la aclaró el duque en una carta á los señores convenidos, mostrando en lo que se ofrecia el deseo de hacer la paz á toda costa.

Para asegurar los resultados de lo convenido, publicaron los diputados carlistas una alocucion en la que despues de elogiar el comportamiento de sus subordinados, decian: «Treinta dias llevamos de campaña, y ni una sola orden, y ni una palabra, ni un recuerdo hemos merecido de los que nos lanzaron á la lucha. Sin oficiales instruidos en el arte de la guerra, los hemos pedido una y otra vez, siempre inútilmente. Herido de suma gravedad nuestro bravo y querido general, no se nos ha enviado otro jefe superior que le reemplace. Ni recursos pecuniarios, ni elementos de guerra que reclamamos con angustia, hemos alcanzado; y ¡ay desgracia! en Mañaria se ordenó la retirada por falta de municiones, y por las mismas causas no aceptamos la batalla en Ceanuri. Además, se nos hizo creer que en Navarra, Guipúzcoa y otras provincias el movimiento era imponente... Ahora bien; solos, aislados y sin elementos, formamos un decidido pero escaso puñado de hombres. ¿No es una temeridad insigne proseguir combatiendo?... Entregad las armas que empuñais, que resistir mas es una temeridad, y morir sin esperanza de triunfo una locura. Disolveos, hijos de Vizcaya, con el mismo orden, con la misma cordura con que os unisteis.»

No fueron desatendidos los consejos de los diputados carlistas, pues á los pocos dias no habia un hombre en armas, marchando unos á sus casas y acogiéndose otros al convenio que se tituló de Amorevieta, por llamarse así el pueblo en que se firmó.

Mal recibido por muchos liberales, tuvo el mismo Serrano que defenderle en las Cortes, á cuyo fallo se sometió, afirmando que habia obrado con arreglo á su conciencia, y era verdad. El convenio tenia indudablemente defectos, se apropió el general facultades legislativas, pero obró impulsado por las mas nobles intenciones. Prescindieron de ellas los impugnadores, y solo lo impresionable de nuestro carácter pudo ocasionar que

el mismo ministerio, excepto el general Zavala, se declarase contra el convenio. La oposicion de los liberales vizcainos, guipuzcoanos y alaveses tenia otro fundamento; deseaban el exterminio de los carlistas para que no reprodujeran la guerra civil, lo cual era fácil conviniendo en vez de derrotar. En este terreno, tenian completa razon, y fué justo el enojo de los bilbaínos, que veian mas de cerca las cosas y tenian motivos para conocer á sus paisanos; enojo que se mostró igualmente en Vitoria, en Tolosa, en San Sebastian y en otros puntos: querian la paz, pero garantida su duracion, y no lo veian así en el convenio.

El de Amorevieta produjo grandes ventajas, no siendo de las menores el que no costó dinero, como otros... y ahorró millones.

Los carlistas que no estaban en armas mostráronse enojados; quedaron tambien algunas partidas sin someterse, y para obligarlas á ello, anunció Serrano el 26 desde Zornoza, que desde el 29, todo el que fué cogido con las armas en la mano, seria juzgado por un consejo de guerra, y sometidos al mismo y fusilados los que instigasen á continuar la guerra ó á ingresar en las partidas, los que cortasen hilos telegráficos, levantasen rails, destruyesen puentes é inutilizasen alguna obra pública, y los que acogidos á indulto volviesen á formar parte de alguna otra partida, que todo esto sucedia. Resignáronse muchos á la dura ley de la necesidad, depusieron unos las armas y las ocultaron otros con la esperanza de volverlas á tomar en breve. No pocos consideraban estos hechos como un paréntesis de la guerra. Dividió á los carlistas el convenio, se enconaron los ánimos, é indignado Velasco de la presentacion de Lacalle, se apoderó de este y de su hijo, le sometió á un consejo de guerra, y sin atender que aquel era un anciano, ni á los servicios que prestó en la pasada guerra, fusiló á aquellos dos infelices, cuyo asesinato asombró al país y fué calificado de bárbaro é inhumano. En poco estuvo que no fuera fusilado tambien Artiñano, por el mismo Velasco, como lo hubieran sido cuantos hubieran caído en sus manos.

Encargado el general Echagüe del mando del ejército del Norte al regresar Serrano á Madrid, persiguió á Carasa, al que empujaba hácia la frontera, y próximo á ella, cuando no le quedaba otro recurso que internarse ó batirse con una de las columnas de Echagüe, supo astuto aprovechar un descuido de una de las de Moriones, que debia guardar el portillo de Areta, y salvarse. Muy disgustado Echagüe, continuó persiguiendo á los carlistas, á los que batió Palacios en el puerto de Zudaire y en la sierra de Urbasa, cuyo hecho de armas acabó con ellos, como vimos al referir lo sucedido á los carlistas en Navarra.

Al ver el general Echagüe al frente del ministerio al señor Zorrilla, dimitió el mando, lo cual hubiera hecho antes á haber sabido, como nosotros, que Moriones habia expuesto al gobierno directamente sus opiniones contrarias al plan de campaña de aquel, aprobado por S. M., y á la vez que á él se oponia dimitia su cargo, pues no queria estar á las órdenes de Echagüe. Admitida á este la dimision reemplazó Moriones, que nombró jefe de E. M. G. al coronel don Pedro Ruiz Dana. Operóse con actividad y acierto, fueron dispersándose las partidas que quedaban y apenas habia en setiembre un carlista armado en las provincias Vascongadas y Navarra, quedando completamente pacificado aquel territorio y disuelto el ejército del Norte.

No se habia podido conseguir el mismo resultado en Cataluña, cuyas partidas carlistas guiadas por Castells, Valls, Guin, Vila de Prat, Francesch, Huguet, Frígola, Riferrer, Saragatal, Roure de Estañol, Torres, Guerro de la Ratera, Coloma, Grau, Muxí, Surribas, Monteladas, Piñol, Maspujols, Bové, Mutre, los hermanos Cendrés, Galcerán, Costas, Sabaté, Estartús, Savalls, Tristany y otros mas ó menos conocidos, y con mas ó menos fortuna, recorrían terrenos escabrosos para evitar la persecucion, interponiendo entre sus perseguidores el Ebro, el Segre, el Cardener, el Llobregat, el Ter, el Fluviá, y cuantos rios les servian de barrera y defensa en los distritos en que operaban, proponiéndose eludir todo encuentro y procurarse armas y provisiones. Eran sus perseguidores Mola y Martínez, Casalis, Pieltain, Muñiz, Alcega y diferentes columnas mas,

aumentadas segun la necesidad lo exigia, siendo frecuentes los encuentros, favorables muchas veces y adversos otras.

Nombrado por don Carlos general en jefe de Cataluña su hermano don Alfonso, dijo á los catalanes en una alocucion lo grato que le era estar entre ellos y la confianza que abrigaba en su decisiva cooperacion, en el triunfo de su causa; que no esperaba hubiese español amante de su país que no deseara levantarle del estado de abyeccion á que le tenian reducido los mal llamados liberales que hacian pesar sobre la nacion el mas fiero despotismo, causando atropellos, coacciones y violencias, arruinándola, deshonorándola, todo lo cual no podia tolerarse y llamaba á las armas á todos los españoles para reconquistar la dignidad é independencia y afirmar el orden y la justicia; que el ejército compuesto de hermanos, no asestaria sus armas contra ellos; que los ciudadanos pacíficos nada temieran, cualesquiera que hubiesen sido sus opiniones políticas, pues don Carlos no conocia mas enemigos que los que le combatesen en el campo, ni tenia ofensas personales que vengar, ni odios que satisfacer; que su grande aspiracion era la de salvar la patria y darla la verdadera libertad, la libertad cristiana, que hacia á las naciones poderosas, respetadas y felices. Para ayudar á don Alfonso se nombró jefe de E. M. á don Hermenegildo Cevallos. En las instrucciones que envió don Carlos se lamentaba de los que habian faltado á sus compromisos, de algunas juntas y de lo flojo del movimiento; que el triunfo era seguro habiendo constancia; «si conseguimos vivir dos meses con las armas en la mano, ganemos ó perdamos acciones, pero sin ceder, el gobierno, que no tiene un céntimo, caerá sin remedio; el ejército se bate con desaliento y disgusto, vendrá á nosotros; no pensemos en tenerlo antes, si Dios no nos depara una victoria decisiva. Tenemos pocas armas, porque no parece sino que las que habia se han evaporado: tenemos pocos recursos, porque las promesas de facilitarlos el día de la lucha, han sido palabras vanas: á tales contratiempos podemos poner una fuerza invencible, la constancia. Si la tenemos la causa triunfa y el país se salva. Para esto es preciso que el fuego no se extinga, y para alimentarlo, que todos los buenos servidores del rey unan sus esfuerzos como hermanos, para vencer en la difícil lucha. El humo de la pólvora debe limpiar la atmósfera que en la paz hayan podido crear las diferencias personales.»

Deseando don Alfonso reunir un núcleo de fuerza respetable para entrar en España, estimuló el ardor de los carlistas para tomar las armas ó dar dinero, dió extensas y bien pensadas instrucciones para los comandantes militares de las provincias y demás jefes de fuerzas; mandaba castigar severamente todo robo ó atropello hecho á los habitantes pacíficos, los cuales debian ser tratados con consideracion, cualesquiera que hubiesen sido sus antecedentes políticos, no reconociéndose por enemigos mas que á los que hostilizasen á las fuerzas reales; consignaba en aquel escrito muy nobles y humanitarios sentimientos y le terminaba manifestando que no deseaba encender una guerra civil larga y desastrosa, sino una lucha corta y decisiva, para lo que se debia procurar un alzamiento en masa de los pueblos.

No contribuian á facilitarle los sucesos en el Norte de España, la disidencia en que se pusieron Estartús y Savalls, el desaliento del mismo don Alfonso, que dimitió el mando con insistencia, y al saber que don Carlos pensaba ir á Cataluña, escribióle que su ida probaba que admitia la dimision, y se retiraria porque no queria ser responsable de las acciones de otros: «buen papel haríamos aquí teniendo sobre nosotros á Arjona.» La ida, en efecto, de don Carlos á Cataluña, sin llevar armas ni dinero, hubiera sido desastrosa.

Sostenianse en tanto las partidas que efectuaban invasiones como la de la Junquera, apoderándose en la aduana de algunos miles de duros; Francesch consiguió dominar el conflicto que existia entre los jefes carlistas de Tarragona; peleaban algunas partidas reunidas en Mas de Magins; Savalls y Vidal de Llobatera penetraban en San Feliu de Guixols, victoreando por las calles á la religion y á Carlos VII, y exigiendo algunos miles de reales de contribucion; y aunque invasiones de esta naturaleza y pequeños encuentros favorables podian alentar el espíritu belicoso de aquellos carlistas, aspiraban á

mayores empresas, uniéndose, aun cuando fuera en determinados momentos, á la órden de un jefe, y trabajóse para esto. Nombrado Castells comandante general de la provincia de Barcelona, dió á conocer su mando con una proclama que ensalzaba las virtudes de los carlistas y denigraba á los liberales; mas no pudo ocultar su resentimiento contra la junta de Barcelona por ofertas no cumplidas. Tambien Tristany, titulándose conde de Aviñó y comandante general del Principado, se dirigió á sus paisanos recordándoles glorias y deberes carlistas; pero no olvidaba tampoco antiguos resentimientos. No se atrevió con los voluntarios liberales de Anglés, y prefirió recorrer poblaciones apoderándose de los fondos municipales, interceptar la vía férrea en Sila, destrozar la telegráfica y desarmar á los voluntarios de Centellas y Moyá, á cuyos pueblos exigió la contribucion correspondiente.

Trabándose acciones mas ó menos reñidas en algunos puntos, influia poco su resultado en favor de unos y otros combatientes; por lo que Francesch concibió el atrevido proyecto de invadir la populosa ciudad de Reus, de mas de 27,000 habitantes, para lo cual contaba solo con unos 400 hombres. Era su objeto proteger la salida de la caballería que habia en la poblacion, pues en las relaciones que sostenia con una gran parte de aquella fuerza, ofreció someterse á sus órdenes. Para mejor efectuar su plan, se apoderó en Hospitalet de un tren de viajeros, detúvose en Salou, é inutilizando allí el camino de hierro y el telégrafo, dividió en tres columnas su gente y por tres distintas partes cayeron sobre Reus, dirigiéndose sin hallar resistencia hasta la plaza de la Constitucion: apoderóse del dinero que el ayuntamiento tenia en caja, y la caballería de Bailen, en la que tenia sus inteligencias, se apercibió al fin á resistir, trabóse el combate, se esforzó Francesch por impedirlo, y gritando ¡alto el fuego! en frente del cuartel, cayó mortalmente herido de una descarga. Impresionados los carlistas con la pérdida de su jefe, y aprestándose los liberales á rechazarlos, se retiraron.

Aunque no tuvo este hecho el resultado que los invasores esperaban, mostró su valerosa osadía, y creció su audacia para atreverse á mayores empresas, como la de intentar apoderarse en Gracia, á las puertas de Barcelona, de los caballos del tranvía acabado de inaugurar; como la efectuada en Solsona, invadida al principio por poca gente que se fué aumentando hasta unos 500 hombres que se ocuparon ordenada y descansadamente en la cobranza de la cantidad que impusieron, derribaron la lápida de la Constitucion, y en la noche siguiente se propusieron rendir la guarnicion, que se habia refugiado en el seminario desde la entrada de los primeros carlistas, intimándoles primero Galcerán la rendicion y despues Castells: supieron resistir hasta la retirada en la tarde siguiente de los invasores, al saber la aproximacion de la columna de Arrando.

Tambien penetró Castells en Berga sin la menor resistencia, pues su corta guarnicion se encerró en el cuartel de San Francisco, se apoderó del ayuntamiento y del centro monárquico liberal de la calle Mayor, al que hicieron una descarga hiriendo á cuatro de los socios indefensos; otro peloton procedió con igual salvajismo en el café del Negre, disparando sobre los inermes concurrentes; efectuaron algunas prisiones, pidiendo su rescate al párroco, rector castrense y otros vecinos carlistas, á cambio de unos 3,000 duros; exigieron una contribucion, y marchándose los invasores con los presos y con cuanto pudieron reunir por acercarse una columna liberal, se suscribió la poblacion por 2,500 duros para rescatar á aquellos. En Manresa exigieron á sus fabricantes 15,000 duros á cambio del agua que daba vida á sus fábricas, 5,000 á la industrial Sabadell, 80,000 á Masnou, si no queria verse destruida, y tales exigencias eran frecuentes. Los carlistas catalanes demostraban con estos hechos ser mas enemigos de sus paisanos, de los intereses materiales y de la industria que de los liberales: sacrificaban la patria por satisfacer su opinion política ó mas bien un depravado instinto.

Encomendó el gobierno el mando de Cataluña al general Baldrich, que dijo en una alocucion que encontraba profundamente turbado el orden, postrada la opinion, paralizado el trabajo, interrumpidas las transacciones, declaradas en estado

de guerra las cuatro provincias del Principado, alzada en sus montañas la bandera de la rebelión absolutista, inquietas sus ciudades; que constituido en el alto puesto desde donde les dirigía la voz, era todavía el Baldrich que durante treinta años había peleado sin tregua contra la tiranía, y ahora aceptaba la penosa tarea de luchar de nuevo por la tranquilidad de la patria y el bien de su tierra natal; «que los carlistas depongan las armas y les ofrezco el perdón mas amplio en nombre del gobierno.... Desde hoy comienza en España una nueva era de libertad, de moderación, de tolerancia, de justicia, de orden, de profundo acatamiento á las leyes y de sincero respeto á las legítimas aspiraciones de la opinión pública.... Pero si desoyendo estas palabras de paz oponen obstinada resistencia á los generosos propósitos de que soy intérprete fiel, prepárense á sufrir sin dilación el severo escarmiento debido á su pertinacia.... En una mano traigo la oliva, y en la otra la espada. Elegid, pues, entre la paz y la guerra, entre el perdón y el castigo, entre la ley que protege á los ciudadanos pacíficos, y la fuerza que confunde á los rebeldes contumaces. Generoso perdón y completo olvido para todo extraviado pasado, violenta represión y escarmiento ejemplar para toda futura resistencia. Tal es el programa que os presento. Ahora escoged.» Podía inspirar este lenguaje confianza á los liberales, pero ni convenía ni atormentaba á los carlistas, contra los que tuvo que salir á campaña, y en Valls señaló un plazo de 5 días para obtener el indulto que había concedido á los que se presentasen.

No eran todo prosperidades en el campo carlista: estaba don Carlos descontento de lo que sucedía en Cataluña; aconsejaba á su hermano lo que había de hacerse, y sobre todo que se sostuviera la guerra, porque estando prontos los vascos y navarros á volver á tomar las armas, sosteniéndose Cataluña volvería á ser Navarra el núcleo principal del carlismo. Esta parecía ser la aspiración de todos, pero no contribuían á realizarla con sus actos. Las rivalidades entre los jefes aumentaban, y no solo producían disgustos sino resoluciones como la de Estartús, que se retiraba á la frontera cansado y sin fe en el triunfo de la causa. Esmerábanse don Alfonso y Cevallos en armonizar á algunos jefes y ordenar la insurrección y guerra en el Principado, pero se veían constantemente contrariados, y lo fueron entonces con gran disgusto, al saber que Tristany había mandado ó permitido quemar wagones de un tren de mercancías en la estación de Rajadell, y robado á los viajeros mas de 3,000 duros en dinero y alhajas, lo cual irritó á los mismos carlistas hasta el punto de que el señor Carulla, gran admirador de Tristany y su secretario y tesoro, pedía por Dios se le sacara de su lado, añadiendo: «soy hombre de honor, y lo comprometen una porción de cosas que se mandan ó se toleran.» «Voy á escribir á Tristany, decía Cevallos á don Alfonso, diciéndole el desagrado de V. E. y encargándole me informe quién ha sido el bárbaro que ha dado esa orden (1).» Don Carlos y don Alfonso no podían menos de condolerse de que partiera de los carlistas la primera agresión de las muchas que habían de lamentarse, y aun echarse en cara los partidos la iniciativa. No podían menos de ser condenados tales actos de verdadero bandolerismo por todo carlista sensato, y mas en aquellas circunstancias en que se afanaban por hacerse simpáticos al país, para que, como decía don Carlos á su hermano, «podamos presentarnos como salvadores de la sociedad en ese gran día (el de la confusión general), que está cerca, y que como católicos y como españoles debemos aprovechar.»

El sistema de Baldrich de la multiplicidad de columnas y estar estas en constante movimiento, no dejaba ni aun descansar á las partidas carlistas; sorprendieron á Tristany dos veces, cogiéndole su equipaje y papeles, empezó á dispersarse su gente y efectuó con la que le quedaba marchas desesperadas, teniendo á veces que dividir su fuerza en pequeñas partidas, que no eludían siempre la persecución de los enemigos. No podía sostenerse así la guerra; fundáronse es-

(1) En la HISTORIA CONTEMPORÁNEA se presentan estos y otros hechos con detalles y pormenores de que no debemos ocuparnos en esta historia general.

peranzas en los tratos que por medio del capellan Fornells comenzó don Alfonso con el obispo de Urgel; mas era arraigada la persuasión en el hermano de don Carlos, en Cevallos y en otros, de que aquello no se podía sostener, de la inutilidad de la sangre que se derramaba cuando se había concluido todo en las demás provincias, y faltaban recursos. Tratábase á la vez con la junta de Bayona sobre si debía continuarse ó terminarse la guerra civil, y se afanaban todos en buscar recursos para que en Cataluña se sostuvieran. No lo creía posible don Alfonso y menos siguiendo algunos jefes de partidas en su sistema de vejar á los pueblos exigiéndoles fuertes contribuciones, llevándose presos en rehenes á los individuos del ayuntamiento, siendo Savalls el que mas se excedía en tales actos, que condenó don Alfonso enérgicamente y ordenó se impidieran.

La junta central carlista de Cataluña no podía prescindir de la cobranza de las contribuciones y hasta propuso á don Alfonso diera un manifiesto para que se las entregaran, lo que le hubiera puesto en ridículo, porque carecía de la fuerza necesaria para exigirlos. Vallés con unos 60 hombres se dirigió desde el corregimiento de Tortosa al Perelló para cobrar los impuestos, y de allí hacia Tarragona á ponerse al frente del mando que le confirió la junta; mas no se realizaron las ofertas que le hicieron sobre la entrega de algunos fuertes, no por mucho dinero, y este en bonos: no prosperaban los negocios carlistas; Tristany apenas daba señales de vida; Cendrós, uno de sus mejores jefes, tuvo que presentarse á indulto; el Cadiraire fué herido y prisionero en Igualada; Queralt, perseguido por los aduaneros y tropas francesas, solo pudo penetrar con 20 hombres armados; los restantes jefes se veían perseguidos y cansados y todos pedían recursos á la junta. Esta hizo presente á don Alfonso que unos tres mil carlistas escasos tenían que hacer frente á mas de 32 batallones, y que si no se distraía esta fuerza á otras provincias y no se podía mandar dinero, se les ordenara retirarse para conservar aquellas armas y organizarse de una vez, esperando eventualidad favorable. Pero en lugar de lo que se pedía anunció don Carlos que iba á tomar una determinación que electrizaría á los catalanes, y á poco envió á don Alfonso el borrador de un manifiesto que esperaba levantaría en somaten á toda Cataluña, pondría en armas á todos los aragoneses y valencianos y aseguraría en definitiva el triunfo de la causa carlista. Referíase á la devolución de los fueros de Cataluña (2).

(2) «Catalanes, aragoneses, valencianos: el 2 de mayo llamé desde Vera á todos los españoles, lleno de fe en la grandeza de la causa cuyo depósito me ha confiado Dios.

»Lo que entonces era una esperanza, será muy pronto magnífica realidad. Los cimientos de la restauración del trono de Recaredo están labrados con los laureles de Oñate y de Mañaria, de Urbasa y de Ceberio, de Mas de Roig, de Arbucias, de Tibisa y de Reus.

»El camino de la victoria está regado con la sangre de los mártires: en él escribieron sus nombres inmortales Ulibarri, Ayastuy, García y Francesch.

»Hoy, como entonces, pero con mas aliento, repito con el orgullo de rey de una nación heróica:

»Voluntarios, que fijes los ojos en el cielo y en mi bandera, correis generosos al sacrificio, yo os admiro.

»Soldados de Pavia y de Bailen, que estais bastante ciegos para ser mercenarios del extranjero, tambien admiro vuestro valor.

»A todos os llamo, porque todos sois españoles; que la empresa salvadora comienza apenas, y el mundo nos contempla suspendido, espantado la revolución, lleno el bien de júbilo inefable.

»Sí: se acerca el día en que sean realidad mis mas vehementes aspiraciones.

»Por lo tanto, amante de la descentralización, segun consigné en mi carta-manifiesto de 30 de junio 1869, hoy os digo pública, solemnemente, intrépidos catalanes, aragoneses y valencianos:

»Hace siglo y medio que mi illustre abuelo Felipe V creyó deber borrar vuestros fueros del libro de las franquicias de la patria.

»Lo que él os quitó como rey, yo, como rey os lo devuelvo: que si fuisteis hostiles al fundador de mi dinastía, baluarte sois ahora de su legítimo descendiente.

»Yo os devuelvo vuestros fueros, porque soy el mantenedor de todas las justicias: y para hacerlo, como los años no trascurren en vano, os llamaré, y de comun acuerdo podremos adaptarlos á las exigencias de nuestros tiempos.

Léjos de electrizar á los catalanes la ilusoria concesión que se les hacia, los mismos individuos de la junta manifestaron que, «la obra terminada por los tres grandes monarcas Carlos V, Felipe II y Felipe V, y respetada por la misma revolución, no podía destruirse de una sola plumada por un pretendiente que había ofrecido en la misma carta que citaba de 30 de junio de 1869 que no haría nada sin consultar á la nación; que la gente sensata solo vería en esto un acto de desesperación para llegar al trono; pero que habiendo hecho los federales igual ofrecimiento sin que les diera resultado, era mas que probable que á este documento le sucediese lo mismo, siendo en desprestigio de la dignidad de su autor.» Cevallos dijo á la junta que antes de publicarlo se informase á don Carlos sobre su oportunidad y conveniencia, expresándose duramente contra la concesión, diciendo: «¿Cómo es posible que el rey, desde un escondite de la frontera, sin mas consejo que el de un Arjona y sin mas ejército que 3,000 hombres que solo dominan el terreno que pisan, pueda destruir la obra de sus abuelos?» Eran sin embargo inútiles tales observaciones, porque impulsado don Carlos mas por juvenil impaciencia que por senil consejo, mandó publicar el manifiesto en los diarios franceses y don Alfonso ordenó se remitiera á la junta para que tambien lo diese á la estampa.

Castells y Galcerán sorprendieron por entonces á Manresa, cuyos industriales y jornaleros sostuvieron reñida lucha con los invasores que ya ocupaban la población, desalojándoles de ella llevándose algunos prisioneros y dejando varios muertos y heridos. Hubo otras sorpresas y encuentros, mostróse satisfecho Baldrich de sus operaciones en la provincia de Tarragona, derrotando unas partidas, dispersando otras, obligando á someterse á indulto á Cendrós y algunos mas, se trasladó á la de Gerona, disponiendo el levantamiento de un somaten general para hacer una batida combinada, dividió su ejército en mas de 20 columnas, con las que formó una extensa línea para poder emprender simultáneamente un movimiento de avance y por este medio acorralar á los carlistas y obligarles á penetrar en Francia; pero lo accidental del terreno permitía á los enemigos expertos colocarse á retaguardia de la línea liberal. Aun hicieron mas Castells y Savalls; se pusieron de acuerdo para batir la línea por algun flanco ó punto débil que descompondría la cohesión de las fuerzas liberales. Excelente plan pudiendo armonizar las voluntades, y si Savalls, que no era mal jefe, tuviera la necesaria respetabilidad para ser obedecido, é hiciera Estartús mas de lo que hacia. Y en efecto, no era Baldrich el que debía temer á Savalls, sino este, que se vio perseguido por cinco columnas: faltándole municiones y empujado á la frontera, tuvo que traspasarla, aunque la volvió á reparar despues, si bien perdiendo unos 37 voluntarios y 30 oficiales que fueron desarmados ó internados en Francia. Savalls estuvo hábil; cuando mayor era su apuro, pudo pasar por entre las columnas perseguidoras en una marcha nocturna á la que debió su salvación.

El deseo de don Carlos de que se sostuviera la guerra en Cataluña hasta el mes de agosto, lo cumplian Savalls, Castells y algunos otros, á costa de los mayores esfuerzos y sacrificios, contando apenas con poco mas de 1,000 hombres y perseguidos por 40 batallones, 6 escuadrones, un regimiento de artillería y otro montado, y habia en muchas poblaciones voluntarios de la libertad. No era carlista el país cuando no se levantaba todo en armas; pero estaba cansado, no veía en todos los jefes militares buen deseo y actividad para perseguir las partidas, y se cruzaba de brazos. Un general, Nouvilas, dijo en el Congreso que en Cataluña no habia dirección ni plan alguno; que el caos y la anarquía imperaban en todas partes; que los jefes de columnas no sabían á qué atenerse y carecían hasta de los elementos necesarios para hacer una persecución eficaz y provechosa. Y en efecto, Savalls en Gerona con unos centenares de hombres cobraba contribuciones hasta en pueblos importantes; Barranco cortaba las vías férreas y fusilaba á indefensos liberales; Castells prevenía á los

»Y España sabrá una vez mas que en la bandera donde está escrito Dios, Patria y Rey, están escritas todas las legítimas libertades.—Vuestro rey, Carlos.—Frontera de España, 16 de junio.

municipios que recibieran á tiros á los falsos carlistas que se presentaran á exigir contribuciones; Torres con unos 40 hombres recorría una parte del valle del Segre y el distrito de Solsona, perseguido por una columnita de guardia civil que ni le veía ni le alcanzaba; Farré con unos 50 hombres tenia sentados sus reales en la cuenca de Tremp cobrando las rentas de sales, tabaco y papel sellado; en las inmediaciones de Urgel merodeaban algunos foragidos amenazando con la muerte ó la quema de las fincas á los que no satisfacían las cantidades que les designaban, habiendo además en el distrito unos 50 carlistas que compartían el dominio con el brigadier gobernador de la Seo, que solo ejercía el mando de murallas adentro, y habia tomado grandes precauciones para evitar una sorpresa, mandando tabicar algunas casas, etc., etc.; el gobernador militar de Lérida tenia reconcentradas las fuerzas, esperando quizás que se fueran aumentando los carlistas para perseguirlos, haciendo solo una salida en visperas de elecciones, con una fuerza de mil hombres que fueron á Cervera á depositar inmediatamente sus votos en las urnas; volvió despues á Lérida, y el país por donde pasó debió agradecerle que no hiciera segunda salida.

Con mas inteligencia en la persecución de los carlistas, se habria restablecido la paz en Cataluña; el mismo Estartús escribia que lo veía todo perdido, por lo que trataba de pedir el indulto para él y para los que quisieran seguirle, y le pidió Huguet se veía obligado á ganar la frontera, y cuando la falta de recursos hacia á muchos soltar las armas, recibió don Alfonso 600,000 reales en bonos y los envió á la junta para que los distribuyera, como lo hizo; y al mismo tiempo, sabedor de los desmanes que algunas partidas cometían, los condenó indignado, ordenando se castigara con rigor á los que se permitiesen tales atrocidades, haciendo responsables á los jefes de las fuerzas de todo acto de insubordinación é indisciplina de los individuos que mandasen. «En cuanto á lo de Savalls, escribió á Cevallos, mucho desaprovecho que se tome libertades de sí mismo, y te encargo que le hagas presente, sea por tu conducta sea por la junta, que yo no permito aquí que se haga guerra sin cuartel, y que se desdiga ó no cumpla lo que he escrito, diciendo que le he mandado lo contrario (1).»

(1) Debemos ser un poco explícitos en este interesante asunto.—Ya don Alfonso en el artículo 13 de sus instrucciones decía que ningun jefe de fuerzas tenia autorización para imponer pena de la vida, exceptuando los espías cogidos en flagrante delito y con la prueba de él, la cual se acompañaría al dar parte al cuartel real. Pero donde se presenta este asunto en toda su verdad por apoyarse en verídicos documentos es en estas líneas:

El 1.º de agosto decía don Alfonso: «Carlos escribe que respecto á la guerra sin cuartel, si el caso la hace necesaria, se debe dejar hacer, por lo cual si todavía no hubieses escrito á Savalls sobre esto, te encargo no decirle nada.»

Al recibir esta carta Cevallos, que ya estaba disgustado con cuanto sucedía, y habia demostrado su firme resolución de retirarse á su casa, contestó á don Alfonso: «En cuanto á la guerra sin cuartel, escribí á Savalls, diciéndole el desagrado de V. A., y que se atuviese estrictamente á las instrucciones para los comandantes generales; pero puesto que S. M. piensa de otro modo, voy á escribir á los jefes de parte de V. A. para que no den cuartel á bicho viviente, cuando lo crean conveniente.»

Al recibir don Alfonso esta carta, sintióse altamente lastimado y trazó de su puño y letra las siguientes líneas que debe consignar la historia imparcial para juzgar posteriores hechos. Justamente constituyen la parte autógrafa de la carta número 16 del 3 de agosto de 1872, escritas las dos primeras páginas de distinta letra.—«Recibo en este momento tu carta del 2, y me enfada sobremasera (\*) lo que dices: quieres escribir en mi nombre á los jefes para que se haga guerra sin cuartel, mientras yo solo te dije que Carlos no desaprobó la de Savalls, y que por consiguiente si no le habías escrito, podías dejar de escribirle sobre el particular.

»Es tan contra mis principios hacer guerra sin cuartel, que si Carlos diese tal orden, sin esperar contestación me retiraría yo en seguida.

»¿Y cómo es que tú te atreves á dar semejante orden bárbara en mi nombre?

»No sé mas, si es que no comprendes mis cartas ó qué es lo que hay.

»Si acaso has escrito tal orden de guerra sin cuartel, QUIERO que te desdigas inmediatamente, diciendo que esa no es mi voluntad de ningun modo.»

Los términos que emplea en estas líneas, muy distintos de los llenos de cariño y consideración que usaba siempre con Cevallos, evidencian lo

(\*) Las palabras subrayadas lo están tambien en el original.